



**Euskal Herria:**  
**Lugar de encuentro**  
**de Lenguas y Culturas**

Ricardo Ciervide Martinena

EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA

ARABAKO BATZORDEA

*Ricardo Ciérvide Martinena ingresó como Socio de Número de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, el 6 de febrero de 1990 en la Fundación Caja de Alava, Aula de Cultura «Dendaraba».*

*La intervención fue sobre «EUSKAL HERRIA: LUGAR DE ENCUENTRO DE LENGUAS Y CULTURAS», siendo presentado por el Socio de Número, César González Mínguez.*

*La Medalla de la Sociedad le fue impuesta por el Presidente de la Comisión de Alava, Juan Antonio Zárate.*

# **Euskal Herria: Lugar de Encuentro de Lenguas y Culturas**

EDITA:

Real Sociedad Bascongada  
de los Amigos del País

IMPRIME:

Imprenta Pradells, s.l.  
Miravalles 3  
01013 Vitoria-Gasteiz

DEPOSITO LEGAL:  
VI-75-1991

**Presentación que hace César González Mínguez del nuevo Socio de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Ricardo Ciérvide Martinena.**

*Señoras y Señores:*

*Cuando hace unos días el Prof. Ricardo Ciérvide me manifestó su deseo de que fuera yo quien le presentara en el solemne acto de ingreso como Socio de Número en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, no dejé de manifestarle mi agradable sorpresa. Por eso, en primer lugar, quiero agradecerle de corazón el afecto y la amistad que tal invitación supone, fruto de la convivencia durante casi once años en la Facultad de Filología y Geografía e Historia de Vitoria, donde compartimos ilusiones y afanes y, ¿por qué no decirlo?, también algún sinsabor, pues la vida universitaria da para todo. Así es de rica.*

*Siempre, y cada vez más, he sentido un enorme respeto y admiración por el lenguaje, esa maravillosa seña de identidad que distingue al hombre del resto de los seres animados. Que un conjunto de signos fonéticos y gráficos sea capaz de expresar todas las sutilezas del mundo de los sentimientos y despertar las más vivas emociones en el lector o en el oyente, siempre me ha parecido algo mágico o sobrenatural. Pocos instrumentos, tan puramente espirituales como el lenguaje, son capaces tanto de elevarnos a las cimas de la más sublime contemplación como de producirnos las agresiones más brutales, como sucede cuando se utiliza únicamente para enfrentar y dividir a las personas, como si se tratara de resucitar una nueva Babel. Las lenguas son para lo que son, para servir de instrumentos de comunicación y de entendimiento entre las personas, abriéndolas al vasto mundo de la cultura, pero jamás deben utilizarse como elemento de confrontación o desintegrador, a modo de pancartas de banderías, pues entiendo que es desvirtuar su preciosa finalidad.*

*De todas esas cosas, por supuesto, sabe mucho más el Prof. Ciérvide, que ha hecho del estudio de las lenguas romances permanente objeto de sus investigaciones. Brevemente, de acuerdo con el protocolo, trataré de abocetar su biografía, es decir, de exponer a su consideración los méritos que han llevado al neófito a ocupar esta tribuna.*

*La ya larga carrera profesional del Prof. Ciérvide se inició, allá por el año 1964, en Africa, concretamente en la República de Zaire, donde permaneció cuatro cursos explicando latín y francés. Según creo, fue una época que el amigo Ricardo vivió con intensidad y recuerda siempre con afecto, como puede fácilmente comprobarse apenas se le tire del anecdotario de aquellos años.*

*Vuelto a España, vinieron tiempos de volcarse por entero en completar la propia formación, definitivamente orientada hacia el estudio de las lenguas romances hispanas. A la sombra de un gran maestro, don Rafael Lapesa Melgar, discípulo de don Ramón Menéndez Pidal, elaboró su Tesis Doctoral sobre «El romance navarro antiguo (siglos XI-XV)», defendida en 1970 y que obtuvo la máxima calificación. De allí arranca esa monacal paciencia para redactar miles y miles de fichas en papel, nunca en cartulina, escritas con muy pulcra letra vertical, que son casi la inevitable seña de identidad de un filólogo. Supongo, querido Ricardo, cuánto te habrá costado pasar, y lo digo por experiencia, de aquel método artesanal al ahora tan generalizado uso del ordenador, convertido en compañero inevitable de todos los despachos.*

*Luego, desde 1970, su vida profesional fue desarrollándose en la Universidad de Deusto y, a partir de 1979, en la Universidad del País Vasco, es decir, en la Facultad de Filología y Geografía e Historia de Vitoria, que apenas llevaba por entonces un curso de funcionamiento y donde ejerció como Director de un Departamento de Lengua Española que tuvo que crear prácticamente desde cero. ¿Recuerdas aquellos tiempos de alquiler de la Facultad de Letras en el entrañable Seminario Diocesano?*

*Durante los últimos veinte años el Prof. Ciérvide ha ido cimentando su sólido prestigio como docente e investigador, y así lo acreditan ese casi medio centenar de trabajos de investigación que tiene publicados en los que se mezclan los temas históricos y toponímicos con los propiamente lingüísticos, entre los que destacan los dedicados al romance navarro y a la lengua occitana.*

*Como todos sabemos, el cursus honorum de la Universidad pública pasa por las inevitables oposiciones, de las que tiene el Prof. Ciérvide cumplida experien-*

*cia, superando brillantemente las de Profesor Titular (1983) y de Catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española (1987), y demostrando no sólo la calidad de su formación y de su obra sino también su capacidad para resistir las operaciones de derribo que en ocasiones montan los que podríamos denominar, evidentemente con toda socarronería, «queridos colegas».*

*También podría llamar la atención sobre muchos más aspectos de este ilustre tafallés afincado en Vitoria, que, como hace el Ebro, estrecha afectos alaveses y navarros. Me parece innecesario tratar de resumir ahora otros méritos que le adornan, en forma de conferencias, premios y becas, cursos impartidos en diversas Universidades, Congresos en los que ha intervenido, asociaciones culturales de las que es miembro, etc. Les dispense de la larga monotonía de su simple enumeración. Ciertamente, me interesan en el cuadro otras pinceladas. No me gustaría, sin embargo, dejar de resaltar que Ricardo Ciérvide es un hombre de riquísimo anecdotario, conversador ameno, de espíritu crítico y apasionado hasta la vehemencia en la defensa de sus puntos de vista, amante de la buena mesa, inquieto y emprendedor, trabajador hasta el agotamiento, que encuentra el descanso de las fatigas universitarias en el cultivo de un pequeño huerto, amante de la Naturaleza, viajero por las Universidades europeas y, por último, peregrino, peregrino de Santiago, la milenaria ruta de cultura que se conoce como la palma de la mano y que tanta importancia tuvo en la génesis del espíritu europeo.*

*Sin duda, algo de ese espíritu, de la casa común que es Europa, como ahora se oye decir con frecuencia, estará presente en su discurso de ingreso en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Evidentemente, la historia del País Vasco, como la de España o la de Europa, no pueden entenderse sin tener en cuenta que fueron siempre ámbitos abiertos, enriquecidos por los aportes de los más diversos pueblos y culturas, que han pigmentado y armonizado el gran mosaico de nuestra cultura occidental. Muchas gracias.*

Vitoria, 6 de febrero de 1990  
CESAR GONZALEZ MINGUEZ

## 1.—EPOCA PRERROMANA

### 1.1.—Asentamiento de pueblos indoeuropeos

Euskal Herria fue, sin duda, tierra de paso obligado y la ruta natural de las invasiones procedentes del centro y norte de Europa, debido a su fácil acceso por el extremo occidental de los Pirineos. Por ello resulta normal el encontrarnos algunas huellas de la existencia entre nosotros de pueblos celtibéricos o célticos a lo largo del territorio vasco, como lo demuestran nombres de personas y de lugares, como bien pueden ser las mismas denominaciones de las tribus vascas: Vascones, Várdulos, Caristios y Autrigones, aplicadas a los vascos por los invasores indoeuropeos.

De acuerdo con las excavaciones arqueológicas realizadas en Alava y Navarra para la época prerromana, todo parece indicar, como así lo demuestran las bases de los yacimientos de La Hoya (Laguardia), Henayo (Alegría-Dulantzi), Cortés, etc., que los primeros asentamientos de pueblos indoeuropeos datan ya del siglo XV a. C., a comienzos del Bronce Final, como afirman, entre otros, A. Llanos (1) y Maluquer de Motes (2).

Estas gentes que se asientan en los territorios navarro y alavés, procedentes del centro y norte de Europa, en oleadas sucesivas hasta el siglo III a. C., se distribuyeron en sentido sur-oeste, siguiendo las rutas y cuencas de los ríos, repartiéndose a todo lo largo y ancho de la geografía alavesa y navarra y con preferencia al sur de la misma.

El primer grupo de estos pueblos de carácter indoeuropeo parece remontarse, como queda dicho, al siglo XV a. C. El segundo, al parecer más numeroso, habría que situarlo entre el Bronce Final y el Hierro I. Más tardíamente llegaron otros desde el área celtibérica de la Meseta durante el Hierro II, alrededor del

siglo V a. C., estableciéndose sobre poblados anteriores, especialmente en las tierras meridionales de la Rioja Alavesa y de la Ribera Navarra, dedicados a la actividad agrícola cerealista.

## 1.2.— Aspecto lingüístico

María L. Albertos (3) distingue desde el punto de vista lingüístico en Hispania, dos grandes zonas. Una indoeuropeizada que abarca las regiones del Norte, Oeste y Centro, con una penetración hacia el Sur y otra hacia el Levante. La otra zona correspondería a la no indoeuropeizada y ocuparía las estribaciones de los Pirineos, Levante y la región Bética hasta el Algarbe en Portugal.

Ninguna de las dos zonas sería a su vez homogénea lingüísticamente, ya que dentro del área no indoeuropeizada tendríamos, por una parte el grupo eúskaro y por otra el ibero. A su vez, en el área indoeuropea habría que distinguir dos grupos fundamentales: el occidental y el celtibérico.

Nuestra región, según los historiadores grecolatinos como Estrabón, Ptolomeo, Polibio, Plinio el Viejo, P. Mela, etc., estuvo poblada en esa época por cinco tribus: Vascones, Várdulos, Caristios, Autrigones y Berones.

Los nombres de las poblaciones asentadas a lo largo del Iter XXXIV a su paso por Alava, como Veleia, Suessatio, Toullonion, Alba, etc.; así como otros al sur de la misma, en La Rioja, como Trition Metallon (relacionado con el latín *tertius*) y los nombres de persona no latinos, de clara procedencia indoeuropea, Amboto, Bocitios, Segontius... demuestran, al decir de Untermann, «una fuerte población celtibérica asentada en la frontera entre Navarra y Alava».

Para L. Michelena «éstos y otros nombres de lugar, más nombres de persona, hacen inevitable la conclusión de que hubo entre nosotros, y más concretamente en zonas alavesas, núcleos de población de lengua indoeuropea, al parecer céltica», mientras que el pueblo autóctono euskaldún seguía conservando su idiosincrasia propia, así como su lengua.

La delimitación del territorio poblado por vascos y de lengua vasca viene indicada por la toponimia, como lo prueban los trabajos de R. Menéndez Pidal, A. Tovar, L. Michelena, G. Rohlf, J. Corominas, etc. Gracias a los estudios de dichos autores sabemos que a lo largo de toda la Cordillera Pirenaica hasta la

misma orilla del Mediterráneo se habló el euskera o lenguas euskéricas, y otro tanto a ambas vertientes del citado sistema montañoso.

En tiempos anteriores a la conquista romana las invasiones indoeuropeas lograron imponer su lengua en Occidente, limitando así el área vasca al oeste del río Nervión. En las Encartaciones de Vizcaya aún quedan restos de toponimia vasca, testimonios, tal vez, de la primitiva lengua de los Autrigones anteriores a su celtificación. No parece desechable la opinión de que, acaso, se trate de restos de una posterior repoblación por Caristios de lengua vasca.

En el territorio vasco, escribe A. Tovar, gracias a la lengua vasca se nos descubre el estrato recubierto hace unos tres mil años por las invasiones indoeuropeas. La lengua vasca fue la única que se salvó y sobrevivió cuando las oleadas de pueblos indoeuropeos cubrieron Europa y la fuerte presión del romanismo se impuso sobre las lenguas indígenas que se hablaban en el Imperio Romano.

A. Tovar (4) hace notar que la romanización de las Encartaciones es el resultado de la indoeuropeización del territorio por Cántabros o Autrigones desde la Edad del Hierro o finales del Bronce.

Sea como fuere, añade L. Michelena, es asombroso que el número de préstamos indoeuropeos prelatinos que uno acierta a descubrir en la lengua sea tan corto; también lo es el que haya tan poca toponimia de ese origen, al menos por lo que ahora se sabe.

Refiriéndose al límite sur, A. Schulten afirma que la región de los Vascones empezaba cerca de Calagurris (Calahorra), perteneciendo Gracurris (Alfaro) al territorio vascón y lindante con los Berones. J. B. Merino Urrutia, por su parte, sostiene que las tribus de los Berones, Autrigones, Turmogos, hablaron vasco, como lo atestigua la toponimia vasca de la provincia de Burgos y que comprende las comarcas del valle de San Vicente de Juarros y de Valdelaguna, así como las cuencas altas del Tirón, Oja y Arlanzón. Para el citado autor, la presencia vasca en estas tierras sería prerromana y no medieval.

La Rioja señalaría el límite de la extensión de la lengua vasca, presente allí a causa de un asentamiento de vascos en una época anterior a Roma o bien como resultado de una repoblación temprana durante los siglos IX y X, provocada por la retirada de las invasiones musulmanas.

Para J. Caro Baroja la pervivencia de nombres con el elemento -uri, atestiguada desde Vizcaya a la Rioja, pasando por Alava, es un inicio claro de la per-

vivencia del vascuence en estas zonas, debido al asentamiento de gentes vascas en época muy anterior a la Reconquista.

Schulten llegó a afirmar que, tanto los Várdulos como los Caristios y sus vecinos occidentales —los Autrigones— y meridionales —los Berones—, todos eran de habla indoeuropea, a diferencia de los Vascones, basándose en textos históricos que L. Michelena considera muy poco concluyentes e interpretados arbitrariamente, añadiendo que la existencia de una onomástica de aire indoeuropeo en Alava y Navarra, así como la de topónimos sin explicación vasca, acaso de origen indoeuropeo prelatino, no constituyen un argumento decisivo para sostener la indoeuropeización de dichos territorios, ya que la «onomástica personal está sujeta a modas, como el vestido, y cambia según las corrientes culturales de la más variada naturaleza».

Refiriéndose a las inscripciones que, como queda indicado, recogen onomásticos casi exclusivamente indoeuropeos, añade el citado autor: «La lengua escrita (...) no significa tampoco lengua única, ni siquiera lengua corriente y usual. Si supone un cierto grado de bilingüismo, al menos en algunas clases o grupos de una comunidad (...) tendremos que aceptar que su coincidencia difícilmente puede explicarse sin admitir que gentes de habla vasca conocían y usaban también, en mayor o menor número, algún dialecto indoeuropeo».

J. Caro Baroja rechaza la opinión defendida por Schulten y otros, según la cual, Várdulos, Caristios y Autrigones del norte recibieron la lengua vasca en época prerromana, si bien admite que Autrigones del sur, Berones y Turmogos eran célticos. En otras palabras, los nombres de las circunscripciones correspondientes a la zona de habla vasca en Euskal Herria sur no responden a las que se dieron a sí mismos los vascos, sino que les fueron aplicadas por pueblos vecinos indoeuropeos, ya que entre vascohablantes siempre se han conocido todos como *euskaldunak*.

En lo tocante a los territorios situados al norte de los Pirineos sabemos por las inscripciones aquitanas que en dicha zona se hablaba, en época inmediata a la conquista de la misma por los romanos, una lengua vasca o afín a ella.

En efecto, tenemos en dichas inscripciones nombres tan claramente vascos como *Nescato*, *Andere*, *Cizon* (=gizon), *Sembe* (=seme), etc.

Por su parte, R. Menéndez Pidal añade que la Vasconia primitiva comprendía también la zona que iba desde Jaca hasta el Esera, siendo gentes de habla vasca muy afín a la de los vascones los habitantes de Noguera y los de Benabarre.

Para L. Michelena el retroceso del vascuence habría que situarlo ya en época prerromana y sería debido al empuje por el norte del galo, por el este del ibérico y por el sur de los dialectos indoeuropeos hispánicos.

Todo ello permite afirmar que, desde una época muy remota y desde luego anterior a la conquista romana, el euskera fue hablado, con seguridad, no sólo por los Vascones sino también por otras tribus igualmente vascas como los Várdulos y Caristios (ascendientes de guipuzcoanos, alaveses y vizcaínos), y acaso también por Berones, Turmódigos, y aun Vacceos, etc.

J. Caro Baroja sostiene que, en tierra alavesa, Vascones, Várdulos y Caristios serían de habla vasca, mientras que entre los Autrigones se darían pueblos con predominio céltico que acabaron romanizándose de modo casi total durante el Imperio romano. Dicho autor opina que tanto Várdulos como Caristios siguieron un proceso de unificación dentro del territorio alavés. Por el contrario, los Autrigones siguieron una marcha distinta y autónoma hasta la creación de nuevas unidades y del olvido de los nombres antiguos.

En los últimos tiempos, autores como Humboldt, F. Fita, J. Cejador, R. Menéndez Pidal, J. Caro Baroja y otros han considerado al euskera como una supervivencia del antiguo ibero. Como es sabido, gracias a los estudios de Gómez Moreno, hoy se pueden leer las inscripciones de esta lengua, pero en modo alguno se ha podido interpretarlas a través del vascuence, pudiendo afirmarse que no hay entre ellas parentesco genealógico, sino, como dice A. Tovar en su obra *El Euskera y sus parientes*, emparentamiento por vecindad, esto es, préstamos y relaciones mutuas debido a una convivencia secular.

El pueblo vasco para autodeterminarse se basó, como nos dice L. Michelena, en el factor lingüístico, llamando *euskaldunak*, «los que hablan euskera», a sus habitantes y *Euskal Herria*, «el pueblo del euskera», a la colectividad.

Durante siglos no tuvo el vasco otro nombre para llamarse a sí mismo y a su pueblo, siendo el idioma el signo de su unidad «ad intra» para ellos mismos y «ad extra» para los demás.

## 2.—EPOCA ROMANA

### 2.1.—Romanización en Euskal Herria

La romanización, señala L. Michelena (5), avanzó en la Península como una marea, de este a oeste, paralelamente a los Pirineos, y desde las Galias hacia Hispania, de norte a sur, así como dentro de Hispania, hacia el sur y sudeste, hacia un mismo punto. El único espacio que con seguridad no llegó a ser completamente anegado fue el territorio situado en el rincón del Golfo de Vizcaya. En efecto, Pompaelo y Veleia (la Iruña navarra y alavesa) no ejercieron un papel similar a Osca en el sur o Lapurdum en el norte.

La colonización romana en Euskal Herria ejerció un influjo importante en todas las esferas del vivir del pueblo vasco, desde el cultural, económico, lingüístico, al racial. En efecto, a través de las rutas que atravesaban el país de norte a suroeste, como eran la vía Burdigala (Burdeos), a Astúrica (Astorga), atravesando el Pirineo por el puerto de Cisa (San Juan de Pie de Puerto y Roncesvalles), descendiendo a Pompaelo (Iruña-Pamplona), La Burunda, Llanada alavesa, Veleia (Trespuentes) para al fin cruzar el Ebro por Puentellarrá, o la que subía el Ebro desde Tarraco (Tarragona) pasando por Cesaraugusta (Zaragoza) y se adentraba en territorio vascón hasta llegar al mar en Oiazco (Oyarzun) a través de Pamplona y varias otras rutas menores que comunicaban las tierras de norte a sur, Roma colonizó la tierra centrandó su labor en varios productos básicos, como el aceite, el trigo y los minerales. Así se explica la fundación de «villae» y «fundi», explotaciones agrarias en la Llanada alavesa, La Rioja, Navarra (trigo y vino), en Aragón (aceite, vino y trigo), Guipúzcoa y Vizcaya (minerales), etc.

Especialmente intensa fue la romanización en Navarra y Alava, siendo, en cambio, muy limitada en Vizcaya y Guipúzcoa (Forua, Somorrostro, Oyarzun).

De acuerdo con la descripción ofrecida por Ptolomeo, casi todas las gentes que vivían en Alava, así como sus núcleos cercanos, pertenecían al Convento jurídico de Clunia, mientras que los Vascones estaban adscritos al Cesaraugustano. Unos y otros estaban separados de Cántabros y Astures desde el punto de vista administrativo.

Desde la época de T. Sempronio Graco en el año 179 a. C., en que se establecen los romanos en la zona más meridional de los Vascones, hasta la crisis del siglo IV, no cesó de ejercerse la influencia de Roma, siendo muy probable que los territorios alaveses actuales experimentasen una intensa colonización en los años inmediatos que siguieron a las guerras cantábricas, alcanzando un desarrollo notable durante los siglos I, II y III d. C.

El largo proceso de romanización, que duró más de 400 años, terminará con las lenguas célticas e iberas del valle del Ebro, afectando al léxico del Euskara, sin absorber la lengua.

De importancia vital para Alava fue la vía registrada en el Itinerario de Antonino y conocida con el nombre de *Iter de Hispania in Aquitaniam. Ab Asturica Burdigalam*. En dicho itinerario se citan las siguientes localidades alavesas: Deobriga (Puentelarrá), y Veleia (Iruña de Alava-Trespuestas), Suessatio (Zuazo-Armentia), Tulloniom (Alegria de Alava o Dulantzi) y Alba (Albeniz). Este trayecto alavés fue estudiado por Prestamero en el siglo XVIII, recogiendo abundantes muestras de aparejo romano, señalados en los mapas de Coello, en los campos de Puentelearrá, Comunión, Zuazo, Armentia, Ascarza, El Burgo, Chinchetru, San Román, Zalduendo y Albéniz.

Parece que había otra vía que partía de Puentelearrá hacia Osma de Valdego-bía, acaso Uxama Barca, y que, desde allí, continuaba por el valle de Mena hasta alcanzar las Encartaciones de Vizcaya. Este trayecto sirvió en la Alta Edad Media para la fundación de monasterios dependientes de la sede de Valpuesta.

De acuerdo con las investigaciones de Prestamero, parece que había otra vía pública que siguiendo el curso del Zadorra atravesaba el río por los puentes de Armiñón, Trespuestas y Villedas en las cercanías de Iruña y, ya en Letona, según Coello, se dividía en dos ramales: uno que se metía en Vizcaya por Ubidea y otro que seguía hasta Amurrio, para terminar ambos en Bilbao.

Coello piensa que había otro ramal procedente de Guipúzcoa que llegaba a Guebala (Guevara) y que, siguiendo paralelo al Zadorra, se unía a la vía que salía de Iruña.

Si tenemos en cuenta que éstas y otras vías ponían en contacto el sureste de Alava con Navarra y La Rioja, así como la Llanada con el valle de Lana en Navarra, todo parece indicar que, desde la época de Augusto hasta fines del Imperio, la red de comunicaciones se hizo más tupida.

Como se ha podido ver, Roma fue creando núcleos urbanos tomando como punto de referencia las calzadas. De todos ellos, el más importante para Alava fue Iruña, en la orilla del Zadorra, sobre un alto cerro protegido por el río. Edificios públicos y privados fueron alzándose durante los siglos I y II, entrando en crisis en el siglo III. Sin duda, su época de esplendor fue el siglo II, debiendo ser entonces el centro comercial más importante de la Llanada.

Armando Llanos señala que en el *oppidum* de Iruña las muestras culturales romanas se impusieron de forma total sobre lo indígena.

Coincidiendo con las incursiones de francos y alemanes entre los años 262 y 264 y, a causa del peligro, el *oppidum* se cerró entre murallas defendidas por cubos redondos de piedra de gruesos sillares y materiales de diversa procedencia. La situación debió de ser cada vez más inestable a lo largo del siglo IV, quedando en ruinas hacia el año 446 bajo la presión de los bárbaros.

Otros restos importantes son los del poblado similar a Iruña cerca de Carasta y las ruinas de una importante construcción romana junto a Cabriana. Como se ve, en la zona mediterránea debió de existir durante este período una clase pudiente de terratenientes, semejante a la instalada en Navarra, La Rioja, Castilla la Vieja, etc.

Alava y las zonas media y sur de Navarra cuentan con abundantes restos de núcleos urbanos de la época romana, hasta el punto de que, según las noticias que nos proporciona Ptolomeo, en la zona mediterránea del País Vasco —incluyendo Navarra, como es evidente—, se citan treinta y dos núcleos contra tres en la Cantábrica, siendo muy superior el número de los mismos en Alava que en Cantabria y Asturias. Para J. Caro Baroja ésta sería la prueba del avanzado grado de romanización de las tierras vascas pertenecientes a la cuenca mediterránea.

El apogeo de la romanización debió de darse durante los siglos III y IV, tanto para Alava como para Navarra, como parecen probar las estelas e inscripciones con nombres latinos y los restos de posesiones rústicas, cuyos nombres constituyen la base fundamental de la toponimia medieval y moderna.

Ha habido autores que, ante la casi total ausencia de nombres vascos en tales inscripciones, han llegado a afirmar que la generalidad de las tierras alavesas durante el período romano, pobladas por Várdulos, Caristios y Autrigones, apenas si tienen nada que ver con estas gentes vascas. Hoy está claro que lo único que reflejan los topónimos suministrados por Plinio y Ptolomeo, así como los antropónimos de las inscripciones, es la fase de colonización romana y no la realidad interna de los pobladores indígenas, es decir, una colonización hecha de arriba a abajo, llevada a cabo por el poder estatal que asentó a grupos unidos por intereses distintos a los de los habitantes prerromanos de la zona.

Siguiendo a Caro Baroja, de la presencia de nombres latinos en las inscripciones alavesas se puede decir que la población de Alava durante el Imperio romano estaba compuesta de elementos distintos. Los nombres más típicamente romanos pertenecían a gentes llegadas de fuera o a gentes que habían adoptado los usos romanos. De éstos, los más romanizados serían los enrolados en las legiones, como la Cohors I Vardollorum de fines del siglo I d. C., acampada en los límites de Inglaterra, en Escocia.

Asimismo, la casi total ausencia de nombres de dioses o teónimos y nombres de persona de tipo ibérico o vascoide en la epigrafía latina alavesa, lo mismo que en la navarra, frente a lo que ocurre en Aquitania, mostrará la existencia de una población muy romanizada desde el siglo I a. C. hasta fines del Imperio en las zonas agrícolas de mayor interés para la colonización, como la Llanada y Rioja Alavesa o zona media y sur de Navarra.

La romanización se dejó sentir desde el punto de vista lingüístico en dos direcciones. La primera en la implantación del latín en el *ager vasconum* o zona sur de Navarra y muy probablemente en lo que hoy llamamos Rioja Alavesa, así como en los núcleos urbanos fundados por colonos y legionarios. La segunda en la aportación importantísima de voces latinas en la propia lengua vasca, como lo muestran los numerosos préstamos en los campos léxicos relacionados con la organización administrativa y jurídica, la terminología eclesiástica, el comercio, las nuevas técnicas agrícolas, etc.

Los elementos latinos comenzarían a introducirse en el euskera ya a partir de la fundación de las ciudades junto al Ebro, como Graccurris, Calagurris, Cascantum, etc., o a lo largo de las vías, como Pompaelo, Beleia, Santacara, etc. El vascuence actual acusa multitud de palabras de origen latino. Otro tanto ocurre con los nombres de pueblos. Así tenemos para Alava y Navarra los terminados en -ano, -ana, o en Vizcaya en -ica o en todo el país en -ain.

Según L. Michelena, la romanización fue mínima en Guipúzcoa a causa, sin duda, de la dificultad de su orografía, el escaso interés económico que ofrecía para el ocupante y la resistencia pasiva de sus habitantes.

Para dicho autor, los restos léxicos latinos más antiguos en la lengua vasca no son anteriores a los primeros siglos de nuestra era.

Podrían citarse, entre otros ejemplos, las voces: alavés *pique-bique*, «parte (vez) que se tiene en un molino»; alavés *lupu*, «lobo»; vizcaíno *okela*, «carne» (del latín *bucella*); *lege*, *errege*, *bake*, etc.

A una segunda época pertenecerían aquellas palabras que asimilaron el grupo *ce* y serán propias del tiempo de la cristianización, como *zeru*, *gurutze*, etc.

La introducción de palabras latinas muy probablemente no se detuvo con la caída del Imperio, continuando durante la época visigótica, aunque los vascos rechazaron su dominio, prolongándose la influencia latina a través de los romances: castellano, navarro-aragonés, gascón-bearnés y occitano-languedociano, y, más modernamente, el francés.

En una palabra, no puede sostenerse la idea del aislamiento absoluto del país.

A pesar del poder representado por Roma, capaz de homogeneizar la zona occidental de su Imperio imponiendo el latín sobre las lenguas indígenas, el Euskara resistió a la nivelación lingüística, sin duda debido a la romanización incompleta de su territorio, la oposición pertinaz al dominio franco-visigótico y, como muy bien señala A. Tovar (Cf. *Lengua Vasca*, 1954, pág. 23): «El vasco era una lengua totalmente diferente, que había resistido ya el paso de varias oleadas indoeuropeas, y se mantuvo plenamente opuesta a la asimilación».

## 2.2.— Cristianización

Otro de los factores fundamentales que influyeron en la configuración lingüística fue la cristianización del territorio que nos ocupa.

En efecto, entre los siglos IV al VI, Alava y los territorios adyacentes siguen una marcha paralela a otros países y partes de Europa occidental. Con motivo de la revuelta en el norte peninsular durante el Bajo Imperio se constituyó el

*limes hispanus* o línea fronteriza que continuará con la ocupación visigoda, provocando la unión de los vascos. En efecto, los escritores latinos y visigodos les aplicaron este nombre como si fuera el único.

La introducción del cristianismo, portador de elementos lingüísticos de tipo latino, penetró en territorio alavés por el sur, mucho antes que en otras partes del País Vasco, si exceptuamos la parte meridional de Navarra y, en particular, probablemente, la ciudad de Pamplona, ateniéndonos a las noticias que nos suministran los arqueólogos referidas a la época constantina. Parece seguro que la vía romana que procedía de Tarraco siguiendo el curso del Ebro fue uno de los ejes de penetración del cristianismo y su introducción en Euskal Herria debió de ser, en gran parte desde Calahorra, que aparece como sede, como se deduce por una carta del papa Hilario a Ascanio el año 465, y que estaba relacionada con otras ciudades romanas del Ebro y su zona de influencia, como Tarazona, Cascante, Vareia, Tricio, Livia y Briviesca. Algunas de estas poblaciones quedaban en los confines del actual territorio alavés. La cristianización del valle del Ebro parece que fue muy intensa entre los siglos IV y VI. Dentro del país habría algunos núcleos con comunidades cristianas asentadas en el eje de las vías principales. Lo cierto es que todo son conjeturas, ya que apenas si sabemos nada del proceso de cristianización en los territorios vascos más al norte.

Teniendo en cuenta que San Millán realizó su misión evangelizadora en el siglo VI, ya que murió hacia el año 574, puede pensarse que serían abundantes las cristiandades en la banda meridional del territorio alavés.

El ejercicio pastoral y la labor misionera de San Millán, como la de su maestro San Felices, al igual que la de los personajes citados en la vida del santo riojano, y la de San Prudencio, debieron ser un vínculo más de romanización, ya que todos ellos eran hispano-romanizados y vivieron en zonas igualmente romanizadas.

Para la época cristiana, nuevos criterios nos hablan de unos habitantes y de una cultura bien diferenciados con respecto al norte, mostrándonos que las gentes de La Rioja mantenían contactos con otros pueblos altamente romanizados, como los de toda la cuenca del Ebro, de la Bética, de Levante, de León, Mérida, Toledo, y aun de Africa del Norte, bien a través del comercio de *sigillata*, trabajada en sus famosos alfares, bien a través del cristianismo.

La Rioja fue zona de paso en la vía fluvial del Ebro y en la ruta terrestre de Caesar Augusta-Asturica-Emerita y, a través de la Legio VII, se relacionó con las comunidades cristianas de Mérida, León, Astorga y Zaragoza, como lo prueban los mártires Emeterio y Celedonio, patronos de Calahorra (6).

A lo largo de la Alta Edad Media la presencia de numerosos anacoretas en el Valle de Najerilla y los monasterios de Laturce, Santa Agueda de Nájera, San Cosme y San Damián de Viguera, San Millán, Valvanera, Albelda, Santo Domingo, Santas Nunillo y Alodia y Santa María de Nájera continuarían la labor romanizadora y su prolongación natural romanceadora en nuestras tierras, explicándonos así la pertenencia global de topónimos mayores y menores de la zona al tronco romance.

Referente a Navarra, no cabe duda de que la fe cristiana y su continuada romanización arraigarían en Cascantum y la zona influenciada por Calagurris. Pompaelo, enclavada como un islote en un área uniformemente euskérica no tuvo fuerza de irradiación. Como es sabido, la tradición de San Fermín como primer obispo de Pamplona es pura leyenda, al parecer, procedente de Amiens, en plena Edad Media. De San Saturnino hay que decir que su culto no fue originario de la Iruñerria, sino traído por los mercaderes o francos oriundos de Toulouse y que comienzan a asentarse en el Burgo de San Cernín hacia el 1080.

Como señala J. Goñi Gaztambide (7), «la conversión de Navarra no fue obra de santos célebres, sino de cristianos oscuros y desconocidos. Se trata de un apóstolado callado e ignorado, cuyos protagonistas no aparecerán jamás ante la mirada de la historia».

«Aunque no poseemos ningún testimonio histórico ni arqueológico», continúa este autor, «cabe suponer que Pamplona no recibirá el Evangelio más tarde que las demás ciudades españolas situadas a lo largo de las grandes calzadas romanas... Es muy probable que en Pamplona y en las zonas muy romanizadas se sembrase la semilla evangélica a mediados del siglo III o a principios del siglo IV... Al parecer, la nueva fe llegó a través de la vía XXXII, partiendo de Tarragona y llegando a Zaragoza para subir por las orillas del Ebro, donde aparecen comunidades cristianas en Calahorra, Cascante y otras poblaciones cercanas. El iter XXXIV, que de Burdeos se dirigía a Astorga, tuvo menos importancia en este aspecto».

El cristianismo se extendió primero en las grandes aglomeraciones urbanas, pero no tardó en irradiar a los campos, facilitando la koiné lingüística la tarea de los misioneros, sin que la diversidad de lenguas constituyera ninguna barrera insalvable, como hace observar J. Goñi Gaztambide (op. cit., pág. 36).

### 3.—EPOCA MEDIEVAL

#### 3.1.—Antecedentes históricos

Durante la Edad Media, para J. Caro Baroja, el desenvolvimiento de la vida social y económica de Navarra y Alava en estos siglos oscuros de la Alta Edad Media debió de regirse de modo similar al de otros países de Europa occidental y en especial al de los solares hispánico y galorrománico, propio de la vida rural en torno a las villas agrícolas protegidas por una fortaleza de las incursiones de bandoleros.

Con el comienzo de la Reconquista se constituyen en el norte peninsular dos centros políticos: Oviedo y Pamplona. Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, que quedarían bajo la influencia navarra a fines del siglo VIII, como lo muestra el encuentro en tierras alavesas de Fruela I (757-768) contra los Vascones, figuran por primera vez con estos nombres según el testimonio de la Crónica de Alfonso III, en la que trata de las campañas de Alfonso I (739-757) y que dice: «Alabamque, Bizcai, Alaone et Urdunia, a suis reperitur esse possessas». Algo más tarde, en la Crónica Albeldense, escrita en 883, se menciona a un conde alavés, Vela Jiménez.

Durante los siglos VIII y IX, como indica el Códice Vigiliano de San Martín de Albelda, los condes de Alava tuvieron que luchar sin descanso para salvar su territorio de las acometidas continuas de los árabes, protegiéndose en las escotaduras de los Montes Alaveses, Foncea, Cellerigo y las Conchas de Haro, ya que las entradas a Alava desde el suroeste se extienden desde el risco de Bilibio sobre el Ebro hasta Sobrón y así lo demuestran las crónicas árabes señalando a Alava y la tierra de los castillos que lindaban con ella por el oeste como las zonas sobre las que ejercieron sus acciones punitivas.

Una línea de montañas con alturas superiores a los mil metros pertenecientes a las sierras de Toloño y Cantabria sin escotaduras ni puertos bajos y dotada de

puntos fortificados defendía como una barrera el territorio. Del lado meridional se encontraba la Rioja, indoeuropeizada primero, romanizada después y romanizada finalmente, de clima mediterráneo. Al norte con Marañón, Peñacerrada, Ocio y Portilla se extendía la tierra no conquistada por los árabes, la que quedó, según palabras de la Crónica de Alfonso III «a suis incolis», siendo sus habitantes durante estos siglos, con casi total seguridad, de habla vasca y su territorio de clima atlántico.

### 3.2.—La lengua romance en Navarra

#### 3.2.1.—Antecedentes históricos

A raíz o como consecuencia de la batalla de Roncesvalles el 15 de agosto del año 778, se dio, en torno a la cordillera pirenaico centro-oriental de Navarra, un comienzo de organización de montañeses de las dos vertientes bajo la autoridad de uno de los linajes de los señores de la guerra —los Arizta— emparentado con los Banu Qasi que dominaban las tierras del curso medio del Ebro y de sus afluentes Ega, Arga y Aragón, con la doble misión de proteger los territorios aragonés y navarro del expansionismo carolingio y de ocupar las tierras susceptibles de cultivo cerealista, imprescindibles para dar salida al exceso de población concentrada en el *saltus vasconum*. Durante este primer período, que abarca desde fines del siglo VIII hasta principios del X, las gentes de los valles de Ansó, Ronkal, Salazar, Erro y de la Canal de Berdún, así como las de la Cuenca de Pamplona y de la Zona Media entre Sangüesa y Estella, constituyeron un todo homogéneo lingüística, económica y socialmente, pero aislado y ajeno a todo cambio y fiel a sus usos y costumbres tradicionales. Desaparecido el peligro francocarolingio y pasado el poder de los Arizta a los Semenones, se inició la expansión hacia el sur, aprovechando los navarros las discordias de sus antiguos aliados en lucha abierta contra el Califato cordobés.

En el siglo X, Sancho Garcés I de Navarra con la ayuda del rey de León Ordoño II entre el 918 y 920 aprovechando el eclipse de los Banu Qasi, tras someter Monjardín y toda la tierra de Estella, repasó el Ebro ocupando toda la Rioja y, a pesar de la derrota en Valdejunquera, cerca de Muez, infligida al rey navarro por Abd-al-Rahaman III, ocupó de nuevo la Rioja el 922.

Dicho rey será quien abrirá a los navarros euskaldunes, pastores y campesinos, probablemente con la ayuda de los aragoneses de la Canal de Berdún, las puertas

de un nuevo territorio, esta vez poblado por gentes no vascas, romanizadas, incorporando definitivamente la Rioja Alta con Viguera, Calahorra y Nájera, coronando así el esfuerzo de expansión que estaba en la mente de todos los monarcas navarros de la casa pirenaica: ocupar parte de la Antigua Tarraconense en torno al Ebro. Dicha conquista, fundamental para entender tanto la historia del reino de Navarra como el hecho lingüístico diferenciador Euskera/Romance, permitió que la sociedad navarra, apenas evolucionada desde la caída del Imperio romano, comenzara a incorporarse a los destinos peninsulares de la mano de un romance riojano-navarro-aragonés que se extendía desde Jaca hasta Albelda, Nájera y San Millán de la Cogolla.

A partir de entonces el centro político, cultural y económico del reino pamplonés estará en las tierras riojanas. Allí, en Nájera, residirán el rey y los jefes que defienden la región frente a la bien fortificada base musulmana de Calahorra, hasta la muerte violenta en 1076 de García IV el de Peñalén, por instigación del rey de Castilla Alfonso VI, a manos de sus hermanos Ramón y Ermisinda.

En los monasterios —San Millán de la Cogolla y San Martín de Albelda especialmente— se centra el foco cultural más importante del reino navarro e incluso uno de los más notables de la cultura monástica peninsular.

La expansión política hacia tierras riojanas había sido acompañada, según afirma J.M. Lacarra (8), de un asentamiento de pobladores cristianos procedentes de Navarra y Alava, contribuyendo así a la unificación de los distintos territorios.

En los territorios nuevamente agregados de la Rioja y de Aragón, el sustrato humano era netamente románico y cristiano. «Con avances», prosigue el citado autor, «la monarquía pamplonesa se asienta sobre una base territorial más amplia, respondiendo sus gentes a tradiciones y culturas muy diversas del tronco vascón».

Este conjunto de pueblos, navarro de habla vasca, aragonés pirenaico de expresión romance y riojano de tradición romana, que había logrado sobrevivir a la destrucción sistemática llevada a cabo por Almanzur, entra en la historia del siglo XI iniciando su modernización gracias a la política diplomática emprendida por Sancho el Mayor (1004-1035) con el reino de León y los condados de Castilla, Aragón, Gascuña y Aquitania, y a una serie de medidas que cubrían los más diversos campos, desde la economía hasta el derecho, la cultura y la disciplina religiosa, dando entrada, a partir del último tercio del siglo XI, al asentamiento, a lo largo del camino de Santiago a su paso por el reino, de gentes procedentes en su mayoría de Occitania.

Con Sancho III el Mayor (1004-1035) la totalidad del territorio vasco estuvo bajo la autoridad de los navarros, permaneciendo en esta situación hasta 1079 en que las amputaciones del territorio comienzan a ser progresivas, iniciándose un largo proceso que no se detendrá hasta la misma desaparición del reino en 1512 y 1522 tras la conquista de Navarra por las huestes de Fernando el Católico.

Como consecuencia de todo ello la sociedad navarra resultó particularmente heterogénea, ya que, al decir de J. Caro Baroja (9), en el reino de Navarra no hubo unidad lingüística ni cultural, ni acaso racial. Sí, en cambio, existió la vieja unidad del vínculo real, rota varias veces y reconstruida cuando las diferencias fueron más fuertes, particularmente cuando a los cambios étnicos provocados por romanos, visigodos y judíos, se añadió la aparición de grupos denominados genéricamente «francos» y que, en su mayor parte, procedían del sur de Francia.

### 3.2.2.— Componentes lingüísticos: El Romance Navarro

De acuerdo con los trabajos de J.M.<sup>a</sup> Lacarra, L. Michelena, J. Caro Baroja y F. González Ollé, entre otros, y en conformidad con la documentación medieval navarra, fueron dos, fundamentalmente, las realizaciones lingüísticas en el antiguo reino, totalmente diferentes entre sí. De un lado tenemos la Lengua Vasca o Euskera, propia de los naturales, y el Occitano, extraño al país. A estos dos, como es sabido, habría que añadir los propios de las comunidades minoritarias del reino: el Mozárabe, rápidamente absorbido, al parecer, primero por los hispano-árabes de Tudela y después por los cristianos conquistadores a partir de 1118; el Arabe de tipo dialectal, hablado especialmente en la Mejana tudelana desde su conquista en el 713 hasta, acaso, después de su conquista por Alfonso I el Batallador, el 1118; y por último, tal vez, el hebreo, propio de las comunidades judías. No parece que el influjo lingüístico de estos últimos fuera relevante, incluyendo, acaso, el de los hablantes cortesanos de *langue d'oil* durante el reinado de las casas de Champagne y Evreux.

El origen del romance navarro habría que buscarlo, acaso, no en el latín hablado por los colonos y vascones más o menos romanizados del *Ager*, desaparecido a causa de la ocupación del territorio durante cuatro siglos por los hispano-árabes, sino en la zona navarro-aragonesa comprendida por el Campo de Jaca y su prolongación al oeste, la Canal de Berdún junto con las tierras de Sos, la Valdonsella y Sangüesa, que al calor de la Corte navarra y de los Cenobios de San Salvador de Leyre, Urdaspal, Siresa, San Juan de la Peña y Santa Cruz de la Serós, se fue extendiendo desde la Corte itinerante navarra a las villas a partir del siglo XII.

Esta variante románica nacida como consecuencia directa de una evolución perfectamente normal de la lengua utilizada por la administración real y monástica, inicialmente latina, como era el uso general en Occidente, se convirtió en romance al igual que sucedió en los pueblos vecinos, y sirvió de medio de comunicación a la Corona para establecer sus relaciones diplomáticas y comerciales con los reinos de Castilla, Aragón y demás estados del otro lado de los Pirineos.

Desde el punto de vista escrito, dicho romance se vio plasmado en miles de documentos de la más variada índole, desde el Fuero General a los municipales a partir de principios del siglo XIII, pasando por textos administrativos, los más numerosos, civiles y religiosos, fechados en Pamplona, Estella, Tudela, Tafalla, Olite, Sangüesa, Puente la Reina, Viana, Los Arcos, etc., pero especialmente en las villas al sur de la capital del reino.

No fue ajeno a la sociedad navarra, sino consecuencia directa de la evolución de la lengua utilizada por las administraciones real y monástica, así como por las gentes de extracción románica de la Canal de Berdún y del extremo centro oriental navarro y descendería en dirección oeste al compás de la reconquista, alcanzando Pamplona, Tafalla, Olite y Tudela para proseguir por Estella camino de la Rioja, constituyéndose una franja romance propia desde Jaca hasta el Ebro. La modalidad de esta variante románica formada en contacto con el vascuence y de características fundamentalmente aragonesas, se diferenciaría lenta y progresivamente en su marcha hacia el sur experimentando más y más el influjo castellano, al contrario de lo que ocurriría con el aragonés pirenaico que quedó más en contacto con las variantes romances de sus vecinos bernesés, gascones y catalanes.

En el conjunto de las villas realengas y no realengas del centro y mediodía, desde mediados del siglo XII la lengua ordinaria sería el romance navarro, hablado por el conjunto de la población ruana o libre, que para los siglos XIII y XIV representaría un 20% del total del reino. Por el contrario, el conjunto de labradores medieros y collazos, que los textos medievales del siglo XII denominan *navarri* y que vendrían a representar los dos tercios de la población total, en su mayor parte serían de habla vasca a lo largo de todo el medievo y ocuparían las aldeas extendidas por el antiguo *saltus* y la Zona Media.

La lengua administrativa de la Corte y la empleada por las gentes libres de las villas, que se convierten a partir de principios del siglo XIII en la fuerza económica y política más importante del reino, será el romance navarro, alcanzando la categoría de lengua de Navarra, como así lo proclama oficialmente Carlos III

el 13 de febrero de 1390 con motivo de su coronación en la Catedral de Pamplona al declarar ante los «prelados, ricoshombres, caballeros y hombres de las buenas villas» *in ydiomate Navarre terre* la fórmula solemne de juramento de guardar y observar sus fueros y privilegios. Esta realidad lingüística fundamentalmente semejante a la aragonesa medieval de Cinco Villas y la Canal de Berdún, confirmada en alguna medida, como advierte F. González Ollé (10), por los resultados de las encuestas realizadas en época actual, se fue diferenciando particularmente durante los siglos XIV y XV del aragonés, aproximándose progresivamente al castellano, sin duda debido a la carencia de obra literaria propia, ya que, frente a Aragón, que conoció una cierta producción de textos literarios hasta bien entrado el siglo XIV y aun episódicamente en el siglo pasado, nada parecido encontramos en Navarra, si exceptuamos las llamadas *Corónicas* insertas en el Fuero General, el *Liber Regum*, la *Crónica General de España* de Fray García de Euguí, la *Crónica* de García López de Roncesvalles y la *Crónica de los Reyes de Navarra* del Príncipe de Viana, obras todas pertenecientes a la prosa histórica (11). Esta falta de literatura propia a lo largo del medievo estaría motivada por la misma estructura de la sociedad medieval navarra, ya que a lo largo de los siglos XIII al XVI careció de un conjunto de núcleos urbanos con características burguesas suficientemente amplio —los asentados en el Camino Jacobeo eran de habla occitana— como para permitir el desarrollo de una manifestación artístico-literaria. La Corte, a partir de 1234, estuvo prácticamente en manos de monarcas de cultura francesa.

### 3.3.— El occitano navarro

Sancho Ramírez al comienzo mismo de su reinado (1063) puso en marcha una auténtica revolución social al erigir a Jaca como capital del reino aragonés con el título de ciudad, poblándola con gentes occitano-gasconas especializadas en menesteres artesanales, con objeto de atender a los peregrinos que acudían a Santiago procedentes de la vía Tolosana que penetraba en España por el puerto de Somport.

La aplicación de esta política se dejó sentir pronto en Navarra con la fundación de Estella (1090) dentro de los términos de una aldea llamada Lizarra, con oriundos de Toulouse, Cahors, Moissac, Condom, Saint-Giles, Bordeaux, etc., en la orilla derecha del Ega, protegidos por una fortaleza y acogidos al llamado Fuero de San Martín, copia del de Jaca. Le siguieron otros núcleos fundados

entre 1118 y 1129, como el Burgo de San Cernín (Pamplona), Sangüesa y Puente la Reina con francos y occitanos exclusivamente, ya que por fuero les estaba prohibido a los navarros, fueran éstos hijosdalgo, clérigos o gentes de armas, avecindarse en los mismos.

El ciclo se cerró con la creación de dos nuevos burgos entre 1187-1188, esta vez con francos y navarros, uno en Pamplona, denominado La Población de San Nicolás, paralelo al Burgo de San Cernín, y el otro en Estella, al otro lado del Ega y formado por los barrios de San Miguel, San Juan y San Salvador del Arenal.

La lengua de estas gentes, distinta del catalán y del gascón, pero emparentada con ellos y claramente diferenciada de la variante navarro-aragonesa, fue a nivel de lengua escrita y hablada a lo largo de los siglos XII al XIV, el occitano común estandarizado de tipo tolosano, como lo prueban los cerca de 500 textos administrativos que nos han llegado junto con la *Canción de la Guerra de la Navarra* de Guillem d'Anelier.

Al contrario de lo que sucedió en otros muchos núcleos de la ruta de Santiago poblados entera o parcialmente por francos, como Logroño, Belorado, Burgos, Sahagún, etc., o fuera de ella, como Tudela, Huesca y Zaragoza, donde el uso de la lengua occitana fue meramente ocasional, como señaló J.M.<sup>a</sup> Lacarra (12): «...en estas ciudades de Navarra —se refiere a Pamplona, Estella, Puente la Reina, Roncesvalles (Burguete) y Sangüesa— pervive por mucho tiempo la lengua provenzal». Y refiriéndose a Pamplona indica: «...veremos multitud de documentos íntegramente redactados en provenzal, lengua que conservó allí su vigor hasta el siglo XIV... Es decir, que en estas ciudades, de las que conservamos escritos también en romance navarro, eran tres los idiomas hablados: el vascuence, el romance navarro y el provenzal, y no faltarían gentes que comprendieran los tres».

La razón de esta persistencia la apuntó ya en 1957 J.M.<sup>a</sup> Lacarra al advertir sobre las condiciones lingüístico-sociales en que vivieron estas gentes de los burgos. En efecto, a lo largo de todo el medievo las comunidades franco-occitano-navarras se asentaron en núcleos defendidos por murallas, separados y aislados de los naturales del país —los euskaldunes, probablemente monolingües—, que se vieron forzados a vivir en sus «navarrerías». Por otro lado, y por si fuera poco, la barrera lingüística, el estatus jurídico que separaba a ambas comunidades acentuaba aún más la diferencia, ya que gracias a las disposiciones expresas o implícitas de sus Fueros, los francos monopolizaron toda la actividad económica, desde los oficios artesanales al del cambio y préstamo de dinero, originados por el paso de los peregrinos procedentes de Somport o de Roncesvalles, camino de Santiago.

Por el contrario, los francos de Huesca, Tudela o Zaragoza se diluyeron rápidamente entre la población romance, ya que, por un lado, no llegaron a constituir comunidades aparte, distintas de las de los naturales del país y originarios de Navarra, Castilla y Aragón, y, por otro, se adaptaron fácilmente a la variedad románica que entendían sin dificultad.

De acuerdo con los textos publicados y los ya recogidos, el conjunto de documentos asciende a unos 500 —frente a unos 50 de Jaca y Huesca— y fueron redactados entre 1232 y 1400, correspondiendo a escribanos de Pamplona en torno a un 62%, seguido de Estella, un 19%, y el resto se reparte entre los escritos por notarios de Sangüesa, Puente la Reina y Burguete (Roncesvalles). El período en que más se dan estos documentos es el que va de 1300 a 1400 con un 75%, frente a los datados entre 1232 y 1300 con un 25%.

La lengua a que pertenecen estos textos, según se desprende del estudio lingüístico de la primera serie (1232-1325) llevado a cabo por mí, es el occitano común languedociano, originario de la región central, delimitada por las ciudades y zonas de influencia de Toulouse, Quercy, Alby y Rouergue, distinto del noroccitano de Limoges, Périgord, Auverne y sur de Poitou, así como de las hablas de la Provenza y que, dentro de Occitania, dio lugar a un modelo ideal de comunidad lingüística respecto del cual intentaron acercarse escritores y escribanos, presentando desde un principio un carácter más federativo que unificado, resultado de la acomodación entre lengua y realidad social, y no como consecuencia de una voluntad que se impuso.

La suerte de este occitano-navarro corrió pareja con el estatus privilegiado de las comunidades burguesas que lo hablaban, desapareciendo documentalmente primero en Sangüesa, algo más tarde en Puente la Reina, hacia 1380 en Estella y por último en Pamplona en 1423 con la firma del Pacto de la Unión, que puso fin a la separación del Burgo de San Cernín, la Población de San Nicolás y la Navarrería, fundiéndose todos en uno y bajo las mismas Ordenanzas, siendo absorbida dicha variante románica por el Romance Navarro elevado ya al rango de *Ydioma Navarre Terre* o lengua de Navarra y, como advierte L. Michelena: «Me parece, con F. González Ollé, que era inevitable que el occitano desapareciera, una vez que fueron cayendo una tras otra las barreras legales y sociales que protegían a la población franca y su lengua». Perdida la cohesión del dialecto navarro-romance debido a una evolución, en parte confluyente, similar a la experimentada por el castellano y por una progresiva castellanización del mismo a partir especialmente de fines del siglo XV y principios del XVI, el castellano irá penetrando más y más a costa del dialecto autóctono, y el propio euskera, des-

protegido de la defensa del dialecto romance, retrocederá cada vez más en un proceso secular que dura hasta nuestros días.

### 3.4.— Occidente de Euskal Herria: Guipúzcoa, Vizcaya y Alava

Entre 1134 y 1150 García Ramírez el Restaurador figura reinando en Pamplona, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. Otro tanto ocurre con su sucesor Sancho VI el Sabio (1150-1194), quien aprovechando la minoría de edad del rey de Castilla, Alfonso VIII, trató de recuperar para Navarra los límites que tuviera el reino en tiempos de García de Nájera. El rey navarro, consciente del peligro que corrían los territorios occidentales de ser ocupados militarmente por Castilla, cuidó mucho sus intereses en Alava, transformando la vida del antiguo condado, aunque encontró, al parecer, una fuerte oposición en los señores alaveses, pues no de otra manera se puede explicar el que en el breve plazo de su muerte (1194 y 1200) se perdieran los puntos fortificados navarros de Guipúzcoa y Alava.

El hecho histórico de la orientación de las provincias vascongadas hacia Castilla y no hacia Navarra fue debido a una serie bastante compleja de razones, algunas bastante claras y conocidas y otras por descifrar, debido a la escasez de documentación que tenemos sobre el caso. Podría aventurarse que este hecho de enorme transcendencia para la historia del País Vasco fue el resultado de una ocupación militar, violenta, contra derecho, pero también propiciada por infanzones de la tierra y acaso sin excesiva oposición de las gentes que, quizá, se sentirán próximas a los habitantes de las merindades del norte de Burgos donde el sedimento vasco era tan importante, especialmente después del asentamiento de vizcaínos y alaveses en tierras de Burgos.

En efecto, sabemos que entre los siglos VII al XII gentes vascongadas se asientan al sur, así como latinados o romanizados en el norte, como es el caso del poblamiento del valle de Ayala. Fernán Pérez de Ayala dice en el *Arbol genealógico de la Casa de Ayala* en 1371: «E los que vinieron a poblar la tierra de Ayala, dellos eran vascongados llamaban a este Don Vela, Jaun Velasco; e los latinos Don Belace».

Referente al estado lingüístico de la zona, se puede pensar razonablemente que la generalidad de la tierra alavesa continuaría siendo euskaldún, especialmente por lo que se refiere al antiguo condado, excluyéndose la zona occidental de la

actual provincia desde Salinas de Añana hasta Valdegobía y Valderejo, y por el sur, al otro lado de las sierras de Toloño y Cantabria, la zona que va desde Salinillas hasta Oyón, plenamente romanizadas como lo acusa su toponimia; sin excluir en ellas algunos grupos de euskaldunes se ignora hasta qué tiempo y en qué cantidad, en todo caso muy difícilmente en la época bajo medieval, como lo prueban los escasos nombres del lugar, sensiblemente más numerosos en Labastida, Ribas de Tereso y San Vicente, que en Valdegobía y Laguardia, que pueden probar un asentamiento de euskaldunes repobladores en tierras abandonadas por sus naturales debido a la fuerte presión de las razzias árabes, continuas a lo largo de los siglos VIII y IX.

Siguiendo a L. Michelena (14), sabemos que la documentación más copiosa sobre la lengua vasca durante la Edad Media está constituida por glosas, nombres de personas y de lugar y breves textos en prosa a partir del siglo XV.

Son muy conocidas las dos frases que aparecen en el Códice de San Millán de la Cogolla, copiado en el siglo IX y que contiene textos latinos. En los márgenes y entre líneas se escribieron hacia el siglo X glosas y notas para ayudar a la comprensión del texto, sirviéndose del romance del tipo riojano-navarro-aragonés y no castellano, como se ha afirmado. Entre las glosas aparecen dos frases en euskera que dicen: «izioqui dugu» y «guc ajutu ez dugu». L. Michelena considera que ambas glosas tienen difícil interpretación y, por lo que se sabe hasta el presente, debieron de ser escritas por un alavés, un navarro o un riojano.

Por lo que a nombres de persona y de lugar se refiere, los testimonios más antiguos datan del siglo X y proceden de documentos relacionados con las zonas de la Rioja y de Castilla, entonces de habla vasca, y con Alava. La razón parece darla el padre P. J. Moret en sus *Anales del reino de Navarra* (I, pág. 187), cuando dice que los vascos poblaron las tierras de Alava y Bureba, aduciendo como ejemplos los nombres de Ximena, Munia, Sancha, Toda, Urraca, Auria de las monjas de San Miguel de Pedroso y añadiendo que «no pocos de ellos fueron muy usados en aquellos tiempos y en los siguientes en Navarra».

Para L. Michelena la presencia del vascuence en dichas tierras de la Rioja y de Burgos parece evidente y era de tipo occidental, mucho más vizcaíno que navarro. Esta caracterización vizcaína u occidental era compartida también por el vascuence alavés y el hablado en la franja occidental de Guipúzcoa. Es sabido que la delimitación dialectal, que parece guardar cierta relación con las antiguas demarcaciones históricas, descritas por «Pomponio Mela, Estrabón, Plinio o Ptolomeo, se continuó en la división eclesiástica. En efecto, Vizcaya, Alava y la zona

vizcaína de Guipúzcoa pertenecieron a la diócesis de Calahorra, mientras que Navarra y Guipúzcoa lo eran de Pamplona y el nordeste de Navarra y el nordeste de Guipúzcoa, de la de Bayona. Así, el vascuence que se habló y se habla aún en Alava perteneció y sigue perteneciendo a la variedad vizcaína, aunque con ciertas particularidades.

El primer testimonio de la procedencia de la lengua vasca en la Llanada alavesa lo tenemos en un documento del año 920 del monasterio de San Millán (*Cartulario de San Millán*, nº 48, págs. 58 y ss.) en el que se consigna una serie de bienes que Diego Belaz poseía en diversos pueblos alaveses y entrega a dicho monasterio. Otro testimonio de extraordinaria importancia es el llamado «Reja de San Millán» o «Ferro de Alava», correspondiente al documento nº 91 del citado Cartulario y que data del año 1025. Contiene la lista de los pueblos correspondientes al territorio del antiguo condado alavés, esto es, la Llanada, la Montaña meridional y la tierra de Peñacerrada, que pagaban tributos a San Millán en hierro o ganado, agrupados en pequeñas circunscripciones de siete, diez y doce pueblos llamadas alfoces.

En un total de 308 nombres de pueblos y 19 distritos rurales no hay, claro está, ciudades y villas como Vitoria, Salvatierra, Laguardia, etc., sino pequeñas aldeas con denominaciones unas claramente vascas, otras romances, otras con formas latinas y, finalmente, algunas de muy difícil interpretación. Siguiendo a Caro Baroja en su estudio «Alava en la Llanada o Reja de San Millán», (en *Historia General del País Vasco*, tomo III, Bilbao, 1980, págs. 109-287), se observa que estos nombres nos hablan de viejas posesiones, industrias y paisajes, constituyendo dicho documento un material de primer orden para el estudio de la vida social, económica y lingüística en Alava en los siglos más oscuros de la Edad Media. Comparando la lista de San Millán con las de 1295 y la de 1257, esta última publicada por Ubieto Arteta en 1954, se aprecia, por lo que se refiere a los topónimos vascos, dejando a un lado todo cuanto se deba al capricho del escriba respecto de las grafías, un marcado carácter arcaico del euskara alavés en lo tocante a la aparición de la *h*, ya que, a juicio de L. Michelena, no hay probablemente ningún documento medieval en el que los nombres vascos tengan un aspecto tan arcaico como en éste. Su valor se acrecienta por el hecho de que el área cubierta por los nombres se reparte en dos territorios lingüísticos claros, vasco y romance, con una zona intermedia que podemos presumir bilingüe en ciertos grados (Cf. *Textos arcaicos vascos*, pág. 29).

Cabe señalar, entre otros rasgos peculiares, el que aparezcan con *f* varios nombres como *Naffarrate*, *Zuffia*, y con la pérdida de la misma como *Oronda* (por

Foronda). Se observa confusión entre *p* y *f* tan frecuente en el vasco: *Prango* (act. Franco), *Pudio* (act. Fudio), etc.

Dominan, hasta el punto de ser únicas, las formas occidentales *barri*, *baltz*, indicando que el vascuence alavés es un habla que se parecía más al vizcaíno que al guipuzcoano o navarro.

El cambio de la *l* a *r* tan, conocido en vascuence, se había ya cumplido, al parecer: *Padura* frente al románico *Padul* (del latín *palude*, terreno pantanoso) (act. Paul).

L. Michelena considera la forma *solo* occidental, frente a *soro* oriental, propia del nordeste (Salvatierra, Contrasta, Onraita, Aspárrena, etc.). Para dicho autor, *Padura* sería forma occidental, frente a *Madulbarrena*, *Madulgaña*, *Madura*, oriental.

La *n* se mantiene, por lo general, en la relación de 1025, frente a su pérdida más generalizada, contribuyendo este rasgo, *Mizquina* (mod. Mezquia), *Kerrienu* (mod. Guerriau), etc., a acentuar su carácter arcaizante.

Entre estos topónimos vascos alaveses de principios del XI nos encontramos con sufijos típicos de localización, como: *-aga*, *-eta*, *-ondoin*, *-arte*, etc., con voces relacionadas con la orografía (montañas), hidrografía (ríos y arroyos).

Otra partida de nombres son romances, localizados en el sur y el oeste y aparecen con formas arcaizantes como *Ripa acuta*, *Ripa Martini*, *Ripa ota*, *Ripa vellosa*, que se corresponde con *Riva aguda*, *Ribamartín*, *Riva vellosa* de la lista de 1257.

Abundan más los acabados en *-edo*, *-eda*, alusivos a abundancia de vegetales como *Cassicedo* (mod. Caicedo). Este tipo de nombres es frecuente en los valles occidentales como Valdegobía y Valderejo.

Un tercer bloque guarda estrecha relación con denominaciones propias de la antigua romanización, perfectamente demostrada por lo que toca a Alava después de los trabajos llevados a cabo por Prestamero, María L. Albertos, J. Caro Baroja, Elorza y otros. Dichos nombres obedecen a un modelo de explotación que se dio desde el siglo I hasta fines del Imperio Romano, e incluso después.

Para J. Caro Baroja los terminados en *-ana* y similares, como Berberena, Cabriana, Anguciana, Antezana, etc. (más de cuarenta), reflejan la existencia de

explotaciones agrarias de época romana, situadas junto a la vía de Burdeos-Astorga en territorio alavés. Tenemos, asimismo, otros nombres, unos relacionados con santos y advocaciones religiosas, prueba evidente de la cristianización de la zona, emplazados especialmente en el sur; y otros que tienen el elemento *dorre* o *torre* o *gaztelu* alusivos a una época de inseguridad en el Bajo Imperio y adaptados a la lengua vasca.

De todo lo cual se puede concluir, como hace observar J. Caro Baroja, que en Alava se ha dado una continuidad vasca, junto a otra latino-romance, en unas zonas más que en otras, con la particularidad de que en nuestro territorio no se advierten nombres de origen visigodo, tan frecuentes en Castilla, como Villafáfila o Villarramiel, que acaso puedan explicarse por el rechazo sistemático que presentó el pueblo vasco al dominio visigótico.

A este conjunto vasco y latino-romance, prueba evidente de la presencia en Alava de comunidades lingüísticamente diferenciadas, habría que añadir la serie de nombres de nuevas poblaciones que se van asentando en la provincia a partir del siglo XII y que guardan estrecho paralelismo con el resto de Europa dentro de un movimiento generalizado de reurbanización. En nuestro caso, este fenómeno de creación de villas realengas da comienzo en tiempo de Sancho VI el Sabio de Navarra, y terminará en el siglo XIV bajo dominio castellano.

Así aparecen nombres como Laguardia, cuyo paralelo lo encontramos en Italia, Francia, Portugal, etc., o Salvatierra, Vitoria, Labastida, etc., y que no reflejan otra cosa que un movimiento de planificación paralelo al llevado a cabo por los estilos románico o gótico de la época en toda la Europa occidental.

Por lo que al romance castellano se refiere, éste se fue formando en la Bardulia, es decir, en Cantabria y regiones circunvecinas, incluyendo el antiguo territorio de los Autrigones, al oeste del País Vasco, entre los siglos VI y VIII, en una zona interpenetrada de vascos, por lo que, tanto el nuevo romance como el euskera, se influyeron mutuamente.

No es de extrañar que J.M. Azaola llegue a afirmar en *Vasconia y su destino* (II, 1ª parte, pág. 122): «El castellano no puede (...) sin error y sin injusticia ser considerado extraño en Vasconia. Y no puede serlo porque brotó en su interior».

Así se explica la íntima relación entre ambas lenguas hasta el punto de que difícilmente se podría explicar la peculiar evolución fonética del castellano, tan distinta de las demás lenguas romances, sin acudir al influjo que sobre él ejerció

el vascuence. En efecto, los vascos que poblaron la parte norte de Burgos, junto con otras gentes del oeste y suroeste de Alava, al romanizarse crearon un romance en el que subsistieron muchos hábitos fonéticos propios del euskera y, a decir de L. Villasante, tal vez las afinidades étnico-lingüísticas de las gentes vascas de Alava y Vizcaya con las de Castilla del Norte expliquen, siquiera en parte, la alianza de vascongados y castellanos durante el medievo.

En lo tocante a la lengua, Alava y Navarra diferían notablemente entre sí, ya que por un lado las lenguas que convivían en Alava eran el castellano y el vascuence y en Navarra lo eran los romances navarro-aragonés y occitano y el vascuence. De todos los romances el más expansivo era el castellano, de ahí que éste afectara más en nuestro territorio, no sólo en préstamos léxicos sino, fundamentalmente, en el retroceso del euskera, agudizado, si cabe, más por el hecho de estar Alava dentro de la órbita política de Castilla a partir de su conquista por las tropas de Alfonso VIII. A este sucesivo repliegue del euskera contribuiría no poco la actitud seguida por los nobles alaveses partidarios de Castilla, cuyo linaje más prestigiado fue el de los Mendoza, rivales de los aliados de Navarra, al frente de los cuales estaba la casa de los Guevara. Los Mendoza, siempre del lado castellano, dominaron el territorio occidental que, como hemos visto, fue el primero en castellanizarse, y contaban con su torre de Mendoza, como punto de referencia más destacable, y el castillo de Záitegui. Los Guevara se asentaban en la zona oriental, en tierras más relacionadas con Guipúzcoa y Navarra.

Como bien señala J. Caro Baroja, recogiendo la afirmación de Juan de Lazarraga al tratar de las antigüedades de Alava en el siglo XVI, la división del territorio alavés en estos dos sectores de influencia seguía la divisoria antigua entre Caristios y Várdulos. Los linajes procastellanos orientaron sus intereses económicos y culturales del lado castellano, se desentendieron de su tierra ampliando sus dominios en los dilatados territorios que iba conquistando Castilla al sur del Duero y el del Tajo, llegando a ocupar los más altos cargos de la corte, como lo demuestra el asentamiento de los Ayala en Toledo o el de los Mendoza, unidos a la casa del Infantado de Guadalajara.

Nada podía impedir el avance progresivo del castellano en detrimento del vascuence.

Por el contrario, en Navarra, los romances aludidos no tuvieron fuerza expansiva, pues no pasaban de ser lenguas minoritarias y, mientras duró la independencia del reino, apenas si experimentó cambios el área de dominios vascuence-romance. Esta situación cambió totalmente en Navarra con la conquista en 1512

y la absorción del romance navarro-aragonés por el castellano en un momento, precisamente el más brillante para el castellano, cual fue el de los grandes escritores del Siglo de Oro y de la máxima expansión de la política castellana.

La castellanización fue más antigua en la Rioja, Alava y norte de Burgos que en Tafalla y Estella. Según Menéndez Pidal, la región septentrional de Burgos desempeñó un papel de gran importancia como expansión del romance.

Según J. Bautista Merino Urrutia, el romance llegaría a Santo Domingo y la cuenca del río Oja a través de la calzada romana y del Camino de Santiago, comenzando la expansión del castellano ya en el siglo XI, época en que comienzan a introducirse en el vascuence alavés y vizcaíno préstamos románicos, fundamentalmente procedentes de la Rioja y parte de Burgos, es decir, donde nace el castellano. Del examen de los documentos medievales alaveses escritos en romance sabemos que éstos están redactados en lengua castellana, arcaizante en algunas de sus manifestaciones y particularmente teñido de dialectalismos de origen navarro-aragonés o riojano.

Por otra parte, como hace notar R. Santiago Lacuesta (15), no se advierten rasgos privativos que puedan permitir afirmar una caracterización inequívoca del castellano alavés medieval, con la salvedad de que la lengua notarial no puede identificarse con la popular y, algo más importante, nos oculta la existencia del euskera, vivo a lo largo de la Edad Media en Alava. Ello no significa que la lengua de estos momentos esté ajena a la realidad idiomática del país, ya que el castellano en Alava es más antiguo que en gran parte de la propia Castilla y vínculos históricos ataban a la parte occidental con la primitiva Castilla ya que en tiempos del reino astur-leonés, más tarde durante la época condal y finalmente en el siglo XIII con Alfonso VIII, como parte del reino.

Para fines de la Edad Media, los límites del vascuence estaban encuadrados por el territorio ocupado por los antiguos Vascones, Várdulos y Caristios de la época romana, con una repartición dialectal dentro de una lengua común. J. Caro Baroja supone que a lo largo de la Edad Media los límites meridionales del euskera irían desde el sur de Estella hacia el Condado de Treviño, teniendo como baluarte la Sonsierra de Navarra y la Sierra de Cantabria, manteniéndose la situación con escasos altibajos hasta 1587.

Para el 1500, y posiblemente bastante antes, ya no quedarían comarcas de habla vasca al otro lado del Ebro y por lo que toca a Alava: toda la Rioja Alavesa, las Riberas Alta y Baja y la zona occidental, amén de la ciudad de Vitoria, marcarían el límite entre la vieja lengua milenaria y el castellano.

La división de la Euskal Herria histórica entre poderes distintos, como son Navarra, las provincias vascongadas y los territorios del norte, al otro lado de los Pirineos, contribuyó, sin duda, a la despersonalización global de su historia y al propio desprestigio social y retroceso de la lengua. Presiones constantes desde Castilla, Aragón y Francia sobre el reino navarro impidieron el asentamiento de una conciencia política colectiva, capaz de salvaguardar, entre otras cosas, el patrimonio cultural de la lengua que se presentó sin protección ante los cambios profundos introducidos en España con la Edad Moderna.

#### 4.—TIEMPOS MODERNOS

##### 4.1.—Siglos XVI-XVIII

El comienzo de la Edad Moderna coincide con la constitución de los grandes estados, con las unificaciones de España y de Francia.

Si bien la zona de lengua vasca sigue siendo considerable, está muy lejos todavía la conciencia de una comunidad cultural diferenciada, entre otras cosas, por el hecho lingüístico, al que no se prestaba ningún interés. Lo cierto es que el País Vasco no tenía ningún centro aglutinante ni irradiador de cultura que impulsara esa conciencia. Carecía de núcleos urbanos importantes —Pamplona y Vitoria, las ciudades más pobladas, no dejaban de ser centros comerciales y artesanos, en los que apenas se mantenía alguna actividad de carácter intelectual por parte de los sectores eclesiásticos—, y la Universidad de Oñate, fundada en el siglo XVI, no pasó de desempeñar un papel bastante modesto y oscuro. Y si son estos siglos (XVI y XVII) los que dieron los primeros textos escritos en euskera, hay que decir que tales obras pertenecen a autores del País Vasco continental: B. Detchepare y, sobre todo, la escuela de Sara, compuesta por clérigos cultos formados fuera del país, reunida bajo la dirección de Axular, del que se sabe que era bachiller por Salamanca.

En estos tiempos, el País Vasco se vio afectado por hechos que convulsionaron la vida europea: el descubrimiento de América y las nuevas rutas de navegación que encontraron los portugueses hacia el Extremo Oriente, a lo largo de las costas de Africa.

El descubrimiento de América, en particular, provocó un cambio, no sólo en la actividad mercantil, hasta entonces dirigida hacia el norte de Europa o al Mediterráneo, sino en el movimiento humano. A raíz del mismo se produce una

importante emigración de vascos en dos sentidos. Por un lado, un grupo, no demasiado numeroso, pero sí cualificado, de técnicos, constructores de naves y mercaderes se establece en Sevilla, que, al tener el monopolio comercial con las Indias se convierte en la ciudad más atractiva del mundo para la emigración. Y, por otro, el contingente que emigra a América, aunque no tan cualificado, pero sí mucho más numeroso. Según los datos que proporciona P. Boyd-Bowman (16), el número de vascos que fueron a América sólo entre 1493 y 1579 es de 1768, cifra que supone un 0,85% del total de 207.303 habitantes que en el siglo XVI tenían las provincias vascas: Alava, 70.000; Guipúzcoa, 69.665; y Vizcaya, 67.638.

De modo que, si anteriormene el horizonte de intereses de toda índole —también políticos y culturales, como se ha dicho ya— habían volcado a muchos vascos hacia Castilla, ahora el País Vasco y sus hombres actúan al servicio de la corona en las grandes empresas que ésta lleva a cabo en América, Filipinas o Europa. Universalmente conocidos son los nombres de Juan de la Cosa, Elcano, Legazpi, Urdaneta, Blas de Lezo, Ursúa, Lope de Aguirre, etc.

Pero también seguimos encontrando vascos que ocupan altos puestos cerca de los reyes, como secretarios, consejeros y ministros de la corona: Idiaquez, Isasi, Zabala, Gaztelu, Llaguno, etc.

Sabemos que, a partir del siglo XV y hasta el XVIII, muchos jóvenes vascos iban a instruirse a la Corte, y así se explica el que algunos llegaran a los altos puestos de la administración. Por ejemplo, el alavés de Menagaray don Eugenio de Llaguno y Amirola, que llegó a ser ministro de Gracia y Justicia, se formó en Madrid, en casa de su pariente Montiano, y parece ser que se instruyó copiando todo lo que se trataba en la *Academia del Buen Gusto* (R. Apraiz, Bol. de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, año de 1948).

En el orden cultural, lo más trascendental de la historia moderna vasca es la creación de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País en el siglo XVIII. Institución típicamente dieciochesca, fundada, para impulsar el progreso y la ciencia, por «ilustrados» formados en el extranjero, llamados los «Caballeritos de Azcoitia», los más representativos de los cuales son Xabier María de Munibe e Idiaquez, conde de Peñaflorida; don Manuel Ignacio de Altuna y Portu y don Joaquín de Eguía y Aguirre, marqués de Narros. Quizá por primera vez, por lo menos de una manera explícita, hay un sentimiento de unión entre las regiones o provincias vascas. Según sus estatutos, el objeto de la Sociedad es cultivar la inclinación y el culto de la nación vascongada hacia las letras, ciencias y bellas artes, corregir y pulir las costumbres, desterrar el ocio y la ignorancia —hasta

aquí objetivos más o menos comunes con todas las Sociedades de Amigos del País surgidas en España—, y estrechar más la unión de las tres provincias vascongadas de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, bajo el lema de *Irurak bat*. El centro de estudios fundado por la Sociedad para llevar a cabo la instrucción en las humanidades y en las ciencias que propugnaban, es el Seminario de Vergara.

#### 4.2.—El despertar de una conciencia nacional y la lengua vasca

Los sucesos acontecidos en el siglo XIX, y muy en particular las consecuencias políticas motivadas por las derrotas sucesivas de los carlistas en las contiendas civiles entre los seguidores de Carlos Isidro y los de Isabel II en el País Vasco fueron, sin duda, de especial gravedad.

En efecto, la ley del 25 de octubre de 1839 con su complemento el decreto orgánico del 16 de noviembre del mismo año, más tarde la ley paccionada del 16 de agosto de 1841 aplicada a Navarra, y en especial la liquidación de los Fueros en 1876 decretada por el Gobierno Central, fueron para el Pueblo Vasco la Tragedia más grave de su historia, por cuanto suponían, desde el punto de vista militar (ocupación del territorio y su tratamiento como vencido), político (pérdida de su razón de ser), económico (fin de su propia gerencia) y, finalmente, cultural (declive doloroso de la lengua propia, el euskera, en beneficio del castellano).

Ante este estado de cosas tan grave, surge en los cuatro territorios históricos que componen Euskal Herria una serie de escritores que intentan mostrar razonadamente a los sectores más sensibilizados, dentro y fuera del país, mediante la acción política, discursos, estudios históricos, la prensa y la literatura, la transcendencia de las medidas gubernamentales que iban, según ellos, a destruir radicalmente la identidad de la sociedad vasca.

Entre ellos destaca la personalidad de Arturo Campión y Jaime Bon, nacido en Pamplona el 7 de mayo de 1845 en el seno de una familia de ideas liberales y formado intelectualmente en Pamplona, Oñate y Madrid. La amistad con euskerólogos, como Antoine d'Abbadie, Duvoisin, el lingüista L. Luciano Bonaparte, Miguel de Unamuno, etc. y con patriotas navarros como J. Iturralde y Suit y por encima de todo la fuerza de sus propias convicciones, le lanzaron a la defensa de lo que entendía como fundamental e inalienable de la Patria Vasca: Las libertades tradicionales de Navarra y Vascongadas, la religión católica y la lengua vasca.

Para A. Campión, la Lengua, como bien señala V. Huici Urmeneta (17), es el rasgo más característico, la cualidad más definitiva y el elemento sin el cual no es posible la existencia del pueblo vasco. Es el carácter sobre todos los caracteres. Comparados con él, los antropológicos desaparecen.

En dos artículos publicados en *La Paz* (25 y 26-X-1876) se expresa diciendo: «Mientras los vascongados conserven su habla original y privativa no habrá temor de que disminuya el amor a sus fueros, porque cada palabra que pronuncien les recordará el estado social y político de sus padres».

A. Campión asocia la lengua con la conducta moral del pueblo, estableciendo la dicotomía: lengua vasca, libertad, costumbres tradicionales, fidelidad, régimen foral y felicidad; y por el contrario: castellanización, esclavitud, grosería, degeneración moral, pobreza y fin de la foralidad.

En la mente de nuestro autor los elementos constitutivos de un pueblo son fundamentalmente la posesión de un carácter diferencial; esto es, psicología propia o personalidad e idioma propios, perfectamente conexionados, hasta el punto de que: «...el pueblo eúskaro ha podido conservar su personalidad y se ha mantenido con su genuino carácter (...) a través de los siglos (...) porque supo guardar, como en depósito sagrado, la antiquísima lengua vascongada» (18). De lo que se desprende que el objetivo prioritario de la sociedad debe ser la defensa de su idioma.

No es de extrañar que llevado de un ánimo exaltado llegue a decir: «...asisto con náuseas en el estómago y lágrimas de sangre en los ojos (...) al enorme descenso en el nivel de la moralidad familiar y social de nuestras clases populares...» (19) a causa de la pérdida de la lengua.

En efecto, en la segunda mitad del siglo XIX se experimentó en la Navarra Central «una merma de los rasgos tradicionales en lengua, usos, costumbres y aun paisaje» (20). Campión lo repite una y mil veces en el diario *La Paz*: «En Navarra la muerte del euskera avanza a pasos agigantados: territorios de los más importantes de la provincia han olvidado completamente su idioma en algo más de un siglo (...) Refugiado hoy en los valles de las altas montañas al N., NO. y NE. de Pamplona, llegará pronto la época en que la estúpida obra de destrucción se habrá completamente realizado. El mismo daño amenaza a las otras provincias».

Al analizar las causas del retroceso de la lengua señala, adelantándose a los modernos estudios sociológicos, una serie de factores externos e internos que la crítica moderna ha aceptado plenamente.

Entre las causas externas cabe citar: la facilidad de comunicaciones, la proscripción oficial de la lengua, el utilitarismo, la emigración a América y con ella la disminución de hablantes, el desprestigio social de la lengua al abandonarla las clases dirigentes y, parejo a esto, la imitación por el pueblo.

Entre las causas internas: la inadaptación de la lengua a los tiempos nuevos por falta de un léxico apropiado y su subdivisión compleja en dialectos.

Para hacer frente a todos ellos un grupo de amigos entre los que se encontraban Ricardo Becerro de Bengoa, Sebastián Manteli y Fermín Herrán, alaveses, junto con A. Campión bosquejan un proyecto de enseñanza bilingüe, impulsado por una *Asociación de la historia y de la lengua vascongada*, ya que consideraban que la enseñanza exclusivamente en castellano y la acción de los maestros erdeldunes eran absolutamente nocivas para el mantenimiento del euskera. Por eso no es de extrañar que, impotentes ante el avance de lo que ellos juzgaban lengua invasora, exasperados por las prácticas degradantes impuestas por los maestros para perseguir el vascuence, den a luz un escrito en *Lau buru*.

En verdad bien poco se hizo en Alava al respecto, ya que fuera de los elogios y de planes que jamás se llevaron a buen término, tan sólo cabría señalar la reapertura del Seminario eclesiástico de Aguirre durante el año académico 1857-58 en el palacio plateresco Escoriaza-Esquíbel en villa suso o parte alta de la ciudad de Vitoria, y al que su fundador quiso dotar de una cátedra de vascuence a cargo de J. Francisco de Aizquíbel (21). La razón de impartir cursos de euskera era muy sencilla, ya que, como señala R. Ortiz de Zárate: «En gran parte de las iglesias de las tres provincias se administran los sagrados sacramentos en vascuence..., se aplican en el idioma vulgar; y el estudio del vascuence es una verdadera necesidad para nuestro clero».

Sería, sin embargo, en Navarra donde, dentro del seno de la *Asociación Eúskara*, se tomará conciencia de la importancia de la lengua vasca como fundamento de la identidad del pueblo euskaldún, especialmente de la mano de A. Campión (22).

Dentro de esta línea de defensores de la lengua vasca, y predicando con el ejemplo, podría citarse al poeta vizcaíno de Ochandiano, Felipe de Arrese y Beitia, quien en un poema suyo premiado en el certamen de 1879 en Elizondo, dijo con voz desgarrada:

Ill da Euskera!, ill da Euskera!  
Betiko itchi dauz begiak.  
Negar Arabak! Negar Gipuzkoak!  
Negar egin bei Bizkayak!  
Negar arkaitzak! Negar mendiak,  
Agortu arte iturriak... (23)

El mismo autor, como señala A. Elorza, pintará con trazos amargos el abismo que se iba abriendo entre euskeldunes y castellanos en su poema «Aspe ta Perez».

Bizkaya, Gipuzkoa, orobat Araba  
Nafaorroakin emen lau anaya gera;  
Frantziko irurak ta gu biltzen gerala,  
Zazpirok bear dugu salbatu Euskara.

Los planteamientos de A. Campión y de sus contemporáneos los eúskaros pasarán a los nacionalistas representados por Sabino Arana y Goiri y podrían sintetizarse en los siguientes puntos:

- Imagen idílica de una edad de oro preindustrial.
- Religiosidad de contenido integrista, contrapuesta al moderado laicismo liberal de zonas urbanas.
- Cultura vasca encarnada en el euskera (24).
- Apoyo doctrinal y estratégico en los nacionalismos coetáneos —básicamente en el catalán— y en las ideas de Larramendi, Fontecha, Zamacola, Chaho, A. Campión y los fueristas.
- Mistificación romántica del heroísmo de los vascos a través de las leyendas y cuentos de Trueba, Araquistain, Campión, Iturralde, Arrese y Beitia, etc.
- Para A. Campión, lengua e historia se funden en la conciencia nacional, de acuerdo con la afirmación del alavés Becerro de Bengoa: «*Euskera ill ezquero Fueroac ez dira bicico; bañan Euskara bici bada, Fueroac piztuco dira*».

El surgimiento y difusión de las ideas nacionalistas irá fomentando el sentido de unidad cultural de una comunidad que ya es consciente de la importancia que tiene el mantenimiento de la lengua propia.

## 5.—CONCLUSION

Transcurridos la guerra civil y el largo período franquista, rebrotaron con fuerza las reclamaciones, de identidad política y cultural señaladas, de la mano de las agrupaciones políticas «abertzales».

Con el nuevo régimen de las autonomías, el Gobierno Vasco, por su parte, impulsa el estudio de la lengua vasca incentivando su uso especialmente entre sus funcionarios, así como su enseñanza dentro de una planificación más o menos coherente. Las Universidades pública y privada elaboran programas bilingües y se dan los primeros pasos hacia la investigación del patrimonio cultural, con particular atención hacia el euskera.

Asimismo, Navarra se adhiere a este movimiento renovador y potencia la publicación de una revista científica tan prestigiosa como *Fontes Linguae Vasconum: Studia et Documenta* (Pamplona, 1969), inicia la subvención de las ikastolas, dicta una ley sobre el euskera en su territorio, etc., en un intento de proteger el patrimonio lingüístico-cultural de su comunidad, dando así cumplimiento ambos gobiernos autonómicos al reconocimiento de las dos lenguas por parte de la Constitución del Estado.

Se asume que ambos códigos de comunicación deben gozar de la misma estima y apoyos financieros, ya que los dos constituyen su patrimonio cultural: el euskera como legado primigenio y caracterizador, y el español como lazo de unión con una comunidad mucho más amplia.

Del lado norte o *Iparralde*, la conciencia multiseccular gascón-euskera, desde al menos el siglo XII hasta comienzos de la Edad Contemporánea, experimenta progresivamente un cambio de rumbo al sustituir el francés al dialecto occitano, imponiéndose más y más, especialmente en la costa atlántica, desde Bayona hasta Hendaya, y penetrando en el interior de Laburdi y en los núcleos urbanos de

los otros territorios de Baxe Navarre y Züberoa, como Donibane Garatzi-Saint Jean Pied de Port, Donaphaleu-Saint Palay, Mauleón, etc.

Todo parece indicar que la convivencia de ambas lenguas, euskera y francés, al carecer dichos territorios de administración propia y estar sujetos a una política estatal centralizante, experimentará un desarrollo progresivamente beneficioso a favor del francés y en detrimento del euskera.

A ambos lados del Pirineo, el futuro, por lo que respecta a Euskal Herria y en lo tocante al vascuence, no resulta fácil de prever. Parece más esperanzador en el sur, pero en gran medida dependerá del buen saber hacer dentro de un clima de mutua estima entre euskaldunes y erdaldunes.

En estos tiempos que nos ha tocado vivir, de distensión, negociación, cada vez menos dogmáticos y progresivamente prácticos y funcionales, tenemos que partir de un doble principio: participar dentro de una comunidad de intereses, cada vez más amplia, y conservar nuestra propia identidad.

Un país tan reducido como Euskal Herria, a caballo entre dos estados tan poblados, extensos y dotados de una dinámica tan pujante y de los cuales forma parte, cuya historia ha sido el resultado de varias lenguas y culturas, sólo podrá sobrevivir y desarrollarse, con sentido de futuro, aceptando su propia historia, profundizando en su capacidad de adaptación y renovación por la vía de la ductilidad y la apertura, alejando el fantasma del aislamiento y del rechazo a cuantos viven en su entorno y, lo que es más grave, evitando el desgarramiento de su misma sociedad.

Soy optimista en cuanto a su futuro, porque todo pueblo con vida acaba por encontrar su camino.

Vitoria-Gasteiz, 6 de febrero de 1990

**Ricardo Ciérvide Martinena**  
*Catedrático de la UPV-EHU*

## NOTAS

- (1) Cf. «Poblamiento y ordenación del territorio alavés durante la Protohistoria», *Congreso de Estudios Históricos de Alava*, Vitoria, 1982.
- (2) Cf. *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico*, I, Pamplona, 1954; *Estudio crítico*, II, Pamplona, 1958; *Excavaciones en Navarra*, Pamplona, 1958. Se pueden consultar sobre el tema las obras de Blas Taracena Aguirre y L. Vázquez de Parga, *Excavaciones en Navarra*, I, II, III, Pamplona, 1947, 1954 y 1956.
- (3) Cf. «Alava prerromana y romana. Estudio lingüístico», *Estudios de arqueología alavesa*, IV, Vitoria, 1970.
- (4) Cf. Prólogo a la obra de Abelardo Herrero Alonso, *Voces de origen vasco en la geografía castellana*, Bilbao, 1977, págs. 9-10.
- (5) Cf. *Sobre el pasado de la lengua vasca*, San Sebastián, 1964, reed. en el vol. I, *Sobre historia de la lengua vasca*, San Sebastián, 1988, págs. 1-73.
- (6) Para lo relacionado con el cristianismo primitivo en la Rioja, cf. M. Díaz y Díaz, «En torno a los orígenes del cristianismo hispánico», *Raíces de España*, Madrid, 1967, págs. 436 y ss. Asimismo, se puede consultar la bibliografía sobre el tema citada por M.E. Solovera y T. Garabito, «La religión indígena y romana en la Rioja de los Berones», *Hispania Antigua*, vol. VIII, nota 209, pág. 193.
- (7) Cf. *Historia de los Obispos de Pamplona, I. Siglos IV-XIII*, Pamplona 1979, pág. 35.
- (8) Cf. *Historia del reino de Navarra en la Edad Media*, Pamplona, 1975, pág. 96.
- (9) Cf. *La casa de Navarra*, I, Pamplona, 1982, pág. 26.
- (10) Cf. «El Romance navarro» en RFE, LIII, 1970, pág. 72.
- (11) Cf. *ibid.*, págs. 59 y 84-89.
- (12) Cf. *Vasconia Medieval*, San Sebastián, 1957, pág. 19.
- (13) Cf. «Notas sobre las lenguas de la Navarra medieval», *Homenaje a J. Esteban Uranga*, Pamplona, 1971, pág. 211.

En lo referente a la lengua occitana en Navarra, cf. Ricardo Ciérvide, *Estudio lingüístico de la documentación medieval en lengua occitana de Navarra*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1988.

- (14) Cf. *Textos Arcaicos Vascos*, Ed. Minotauro, Madrid, 1964.
- (15) Cf. «Notas sobre la lengua y escribanos en documentos medievales alaveses», *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, XXI, 1977, págs. 235-257.
- (16) Cf. «La emigración española en América: 1560-1579», *In Honorem R. Lapesa*, II, Madrid, 1972.
- (17) Cf. «Ideología y política en A. Campión», *Príncipe de Viana*, 165 (1981), pág. 657, y A. Campión, *De las lenguas y singularmente de la lengua vasca como instrumento de investigación histórica*, Bilbao, 1929, pág. 41.
- (18) Cf. «Programa de la Asociación Euskera de Navarra», *Revista Euskara*, I, 1878, pág. 3.
- (19) Cf. *El genio de Nabarra*, Ed. Ekin, Buenos Aires, 1942, pág. 74.
- (20) Cf. Julio Caro Baroja, *Etnografía Histórica de Navarra*, III, Pamplona, 1972, pág. 187.
- (21) Cf. R. Ortiz de Zárate, «Reapertura del Seminario eclesiástico de Aguirre en Vitoria», *Iruac bat*, 6 de junio de 1867, II, págs. 161 y ss.
- (22) Cf. R. Ciérvide, «Posicionamiento de A. Campión ante el tema lingüístico y la pérdida de los Fueros en 1876», *Fontes Linguae Vasconum*, 1983, págs. 5-15.
- (23) Cf. Felipe de Arrese y Beitia, «Ama Euskeriari azken agurrak», *Revista Euskara*, II, 1879, pág. 238.
- (24) Para Sabino de Arana y Goiri el idioma es, ante todo, un factor político, capaz de diferenciar a vascos de españoles. Por ello se debe, según él, reformar la ortografía del euskera, rechazar los préstamos latinos y romances, cambiar los nombres de persona, de lugar; en una palabra, purificar la lengua de elementos extraños que sólo han dañado, crear neologismos —que Campión rechazó por antilingüísticos y forzados—, etc.
- Así adoptó la grafía *k* para el sonido [k]; *g* para *ga*, *go*, *gu*, *gue*, *gui*, etc. El onomástico *Luis* pasó a ser *Koldobika*; *Euskalerrria*, *Euzkadi*, etc.
- En lo social surgió un rechazo de tristes consecuencias respecto de los no vascos o maquetos y finalmente la opción lingüística de ser un elemento, el más importante, cultural, pasó a ser ideológico y político, cayéndose en un maniqueísmo elemental y empobrecedor. En estos planteamientos nacionalistas se consideró maketófilo o españolista a todo el que no aceptaba en su interior la discriminación entre vascos y foráneos, buenos y malos.*

## TRABAJOS DE INGRESO PUBLICADOS

- 1.—«Un galeón vasco hundido en Bahía Roja». *Amelia Baldeón Iñigo*.
- 2.—«Botánicos alaveses». *Venancio del Val Sosa*.
- 3.—«La heráldica en Vitoria». *Juan Vidal Abarca López*.
- 4.—«Música y Músicos en el País Vasco, hasta el siglo XIX». *Emilio Ipinza Gil*.
- 5.—«El paisaje alavés y sus habitantes». *José Ignacio Vegas Aramburu*.
- 6.—«Obra 1960-1980». *José Gabriel Aguirre Alvarez de Arcaya*.
- 7.—«El hombre y el absoluto en diálogo, según el pensamiento de José Manzanana». *Antonio Ortiz de Urbina Basabe*.
- 8.—«Wentworth Webster, vascófilo, fuerista y etnólogo». *Rosa M<sup>a</sup> Agudo Huici*.
- 9.—«Vicente Goicoechea en la renovación de la música religiosa». *Sabin Salaberri Urcelai*.
- 10.—«Aportación para una historia crítica de la nueva canción vasca». *Gorka Knörr Borrás*.
- 11.—«La ilustración en Alava». *Luis María Areta Armentia*.
- 12.—«Cien años de la vida vitoriana: 1883-1983». *Luis Angel de Apraiz Oar*.
- 13.—«La fiesta, cauce y expresión de la comunidad». *Cayo Luis Vea Murguía*.
- 14.—«Mateo de Moraza, fuerista y profeta en su tierra». *José M<sup>a</sup> Sedano Laño*.
- 15.—«El proyecto político de Alfonso X el Sabio y su repercusión en Alava». *César González Mínguez*.
- 16.—«Las necesidades públicas y modo de subvenir las». *Miguel Zurita Sáez de Navarrete*.
- 17.—«4 músicos en Tolosa: Vicente Goicoechea, Felipe Gorriti, Eduardo Mokoroa e Ignacio Mokoroa». *Nemesio Bello Portu*.

- 18.—«Qué es ser comerciante». *Ceferino Zulaica Beltrán de Lubiano*.
- 19.—«Lenguaje poético y arte». *José Luis de las Heras Sánchez*.
- 20.—«Los vascos en Argentina». *Javier Cameno González*.
- 21.—«Los libros en la documentación del occidente de Alava, durante la Alta Edad Media (Siglos IX al XII)». *Saturnino Ruiz de Lóizaga Ullívarri*.
- 22.—«Dos siglos de prensa en Alava». *Alberto Suárez Alba*.
- 23.—«Maestros de capilla y organistas de la colegiata y catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz». *Rafael Mendialdúa Errarte*.
- 24.—«El vino de la Rioja Alavesa desde el siglo XVIII hasta nuestros días». *Gabriel Chinchetru Fernández de Alegría*.
- 25.—«La comunicación: del Conde de Peñafiorida a la Radio». *María Cristina Fructuoso Ruiz de Erenchun*.
- 26.—«El barro». *María Mercedes Vegas Aramburu*.
- 27.—«La vanguardia de los años sesenta: Escuela Vasca de Pintura». *Joaquín Fraile Mariñelarena*.
- 28.—«Apuntes sobre la Economía Alavesa 1955-1975-1985». *Carlos Hernández Ramírez*.
- 29.—«Aspectos sobre la moda e indumentaria en el siglo XIX». *Juan José Urraca Tejada*.
- 30.—«Dibujos y bocetos de todos los pueblos del Alava actual, incluido Treviño y dos temas inconclusos: Ermitas de Alava y cimas de montes alaveses». *José Miguel Jimeno Mateo*.
- 31.—«Fósiles, arqueología, tradición e historia de Pipaón». *Pilar Alonso Ibáñez*.
- 32.—«D. Gerónimo Roure, genio y figura de la Sanidad Alavesa». *Pedro Manuel Ramos Calvo*.
- 33.—«Los caminos y el Camino de Santiago». *Jaime Valdivielso de Cué*.

PATROCINADO  
POR EL GOBIERNO VASCO

